

Novísima grandeza mexicana

Jorge Pedro Uribe Llamas  
Novísima grandeza mexicana

*Novísima grandeza mexicana*

Primera edición, 2017

D.R. © Jorge Pedro Uribe Llamas, 2017

D.R. © 2017, Editorial Paralelo 21, S.A. de C.V.  
Etna 38. Col. Los Alpes  
C.P. 01010, Ciudad de México.  
www.mexicanisimo.com.mx

ISBN 978-607-7891-31-4

Diseño: Bruno Pérez Chávez

*¿A quiénes, con más justicia, debes dedicar tus tareas,  
sino a los que leen las obras a costa de su dinero? Pues  
ellos son los que costean la impresión, y por lo mismo sus  
mecenas más seguros. Conque aliéntate, no seas bobo,  
dedícales a ellos tu trabajo y saldrás del cuidado.*

**José Joaquín Fernández de Lizardi,**  
*El Periquillo Sarniento*

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO

PRINTED IN MEXICO

## PRESENTACIÓN

**P**róximamente a cumplir 500 años de la Conquista (y 200 de la Independencia, que no Reconquista), y con tanto visitante e inmigrante actualmente en la Ciudad de México, lente o espejo con el que quizá no contábamos desde la primera mitad del siglo XX, cabe preguntarse qué ha sido de la renombrada grandeza mexicana, la urbanita y la paisana, dónde dar con ella en este tiempo de rapidez, desencanto e intolerancia disfrazada de buenas intenciones.

¿En la historia solamente? ¿En cuáles regiones del aire?, ¿cuál transparencia? ¿Probando con la cultura, o la naturaleza? ¿En “los grandiosos monumentos, la riqueza territorial, el benigno clima, la vigorosa vegetación y las grandes bellezas” del entusiasta Zamacois? ¿En el turismo, de plano? Puede que para hallarla precisemos viajar, y a disímiles países: el acolhua, el yaqui, el español... Todos parte de nuestra identidad nacional, vasta y mestiza, basta y guapísima.

Ante todo la habremos de encontrar, pensamos nosotros, en el propio mexicano, más mexicano que propio, mezcla de antiguas razas, heredero de viajeros y valientes, patrimonio conspicuo por encima de paisajes y obras, renegrida estúpida de edificio inconcluso. Mexicano de la capital, que casi desde el principio es ciudad, o mexicano de la República, injustamente

sometida a confusa metonimia. Grandeza doble que aquí procuramos testimoniar, con el amor del panegirista Balbuena o de la crónica más leída de Salvador Novo (“el último de los optimistas urbanos”, se equivoca Monsiváis), pidiendo posada en la galana habitación de la cultura mexicana, siempre de par en par como en las mejores casas.

Bienvenidos, pues, a este libro que acaso valoren aquellos que como nosotros gustan de enamorarse de las poblaciones mexicanas, peculiar filia. Libro que, en breve, se encarga de celebrar un esplendor que hoy nos toca maquinar a nosotros, y aun maquilar y maquillar.

Las versiones primigenias de algunos textos, todos recientes, aparecieron en *Km. Cero*, *La Jornada Aguascalientes*, *Mexicanísimo* y *Munchies*.

**El autor**

*Pero ¿es que hay algún curioso discreto?*

**Guillermo Cabrera Infante,**  
*Tres tristes tigres*

## OÍDOS, NARIZ Y GARGANTA

**P**reguntan a qué nos dedicamos y contestamos que a la crónica de ciudad. Así, nuestro interlocutor no sabe si somos periodistas, historiadores, guías de turistas, literatos o todo a la vez, o simplemente unos fantoches. ¿Qué es la crónica? El ornitorrinco de la prosa, ha opinado Juan Villoro. Por echar mano de diferentes géneros. Pero a nosotros nos gusta más la palabra otorrinolaringología: el quehacer del cronista urbano o comunitario tiene mucho que ver con el *olfato*, la audición y la voz, preferiblemente en ese orden. A menudo fantaseamos con colocar un letrero afuera de nuestro departamento que diga “oídos, nariz y garganta” como hacen algunos especialistas en sus consultorios. ¡Tantas historias que atender! Por ahora concentrémonos en revisar la Historia, amiga favorita nuestra, a fin de esbozar una crónica de la crónica capitalina y motivar, tal vez, alguna reflexión.

Puede afirmarse que la crónica de la Ciudad de México mestiza, o si se prefiere hispánica, se estrena con Bernal Díaz del Castillo, ese soldado medinense que ha sido considerado nuestro primer novelista. En su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* se aboca a relatar, algunas décadas más tarde, lo ocurrido antes, durante y después del asedio de Tenochtitlan, en el cual participa teniendo apenas veintitantos años. Casi

nadie duda en colocar su obra en la estantería del Siglo de Oro español, por su patente cariz literario. Un cacho especialmente célebre del capítulo CLVI levanta sospechas por lo prodigioso de su memoria: “Y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho a amor a él y a sus capitanes; y entonces Guatemuz dijo a Cortés: *Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y márame luego con él*”. Estas palabras del último *tlahtoani*, un veinteañero también, aún retumban en el receloso inconsciente colectivo. ¿Será que Bernal se las inventa? Lo mismo podemos pensar de no pocos pasajes de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, quien, como sabemos, se dirige a Carlos I para informarle de sus exitosas expediciones y conquistas. Tampoco el *Conquistador Anónimo* se queda atrás en cuanto a la florida imaginación de sus relatos: “Todos los de esta provincia (...) comen carne humana, y la tienen en más estima que cualquier otro alimento (...) Son comúnmente sodomitas, como dejo dicho, y beben sin medida”.

Estos cronistas que solemos denominar “de Indias” y entre los cuales habremos de incluir, cómo no, al *motolinia* Toribio de Benavente, López de Gómara, que jamás pisó América, el esforzado Bernardino de Sahagún y a Suárez de Peralta, amén de otros diestros autores, suponen valiosas fuentes de información a la hora de adentrarnos en el pasado lejano de México. Nos cuentan del origen del mestizaje, nada menos, y nos acercan con familiaridad a un tiempo remoto. Sin embargo, sus destinatarios originales no somos nosotros, habitantes del futuro, sino el monarca en turno y otros potentados de la época. ¿Son

los cronistas de Indias verdaderos historiadores, periodistas en forma, *otorrinos* propiamente dichos? Son en cualquier caso muy distintos de los mesoamericanos que leemos en *La visión de los vencidos* y a su vez de los peninsulares y criollos de las décadas postreras, el más prestigioso Francisco Cervantes de Salazar, de parentela acaudalada y el cual sabemos que le envía una carta al rey para solicitarle, muy seguro de sí, el cargo oficial de cronista.

Aparte de desempeñarse como canónigo de la Catedral y rector de la Universidad, este latinista prepara a mediados del siglo XVI una amena *Crónica de la Nueva España* en la que relata lo que ve y escucha en los territorios recién conquistados, así como varios hechos de la guerra (antes que Bernal, dicho sea de paso). El toledano por ejemplo registra: “Los indios ladinos, que son los que se han criado con los españoles, son más *malisciosos* que virtuosos”. No parece a nuestros ojos una buena persona. Pero sí un efectivo cronista si reparamos en sus bien conocidos diálogos latinos. En ellos lleva a cabo un fascinante ejercicio de crónica a través del cual un par de moradores de la nuevecita Ciudad de México, Zuazo y Zamora, le ofrecen un paseo a caballo al forastero Alfaro. Este, al advertir la calle de Tacuba, exclama: “¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y ancha!, ¡qué recta!, ¡qué plana!, y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia”. Aquí nuestro cronista le habla directamente a sus coetáneos, en particular a los estudiantes de latín de la Universidad. Lo que nos lleva a pensar en un asunto crucial: ¿a quién le escriben los cronistas? Ya hemos visto que Bernal a un lejano lector en España, igual que

Cortés; entretanto Cervantes lo hace para sus propios vecinos. Con esto en mente y para continuar reflexionando acerca de nuestras funciones regresemos ahora a la pregunta inicial: ¿a qué se dedica un cronista? Nos atrevemos a sugerir una salida ambigua: depende de en qué momento histórico nos encontremos y con quién nos estemos comunicando.

Los colegas de los dos siglos siguientes tienen a sus receptores más cerca. En el caso de Bernardo de Balbuena, este le dedica su *Grandeza mexicana* a doña Isabel de Tobar y Guzmán, de quien al parecer está enamorado. Se trata de un poema larguísimo y culterano, de hecho una carta, que tiene el propósito de chulearle la magnificencia de México. La suya es una crónica llena de alegorías, en endecasílabos, que solemniza el presente: la ciudad criolla de 1603, famosa por sus “casas, calles, caballos, carnes, cabellos y criaturas”, para emplear las palabras de un poeta sevillano del XVI. ¿Igual que ahora tal vez? El clérigo Balbuena se regodea en “su asiento, su grandeza populosa, sus cosas raras, su riqueza y trato, su gente ilustre, su labor pomposa”, así como en “su cortés compostura, su nobleza, su trato hidalgo, su apacible modo, sin cortedad ni sombra de escaseza”, inaugurando de paso la poesía barroca en una Nueva España rebosante de minería y comercio con Asia, títulos nobiliarios e instituciones religiosas. En este tipo de literatura también despunta Sigüenza y Góngora, evocado aún en nuestros días por su eminente relación del Real Monasterio de Jesús María, *Parayso occidental* (1684), y otras obras. Mas no nos detengamos demasiado en los cronistas del Virreinato, raíces del periodismo nacional y del cual son un germen el *Diario de sucesos notables* (1665-1703) de Antonio de Robles y

la *Gaceta de México* de Castorena Ursúa y Goyeneche en 1722 y de Sahagún de Arévalo entre 1728 y 1742. Tendríamos que ahondar en Clavijero, Durán, Mendieta, Sariñana y aun en Gage, y más, nunca acabaríamos, mejor leerlos. ¡Donceles!

La Ciudad de México decimonónica se nos muestra pintoresca y contrastante: repleta de monasterios y pensamiento reformista, gran opulencia y abyecta miseria, palacios y barriadas, Independencia y afanes europeizantes... En la corte de Maximiliano sobresale el caso de una condesa, Paula Kolonitz, quien va plasmando en un diario aspectos que llaman su atención: “Las calles son muy anchas, grandísimas son las plazas y por todos lados se asoman los montes que claros y bellos rodean la ciudad. Las casas no tienen más de dos pisos, y su arquitectura es, con mucha frecuencia, de una sorprendente simplicidad. La ciudad tiene iglesias y conventos al por mayor”. Curiosa y quejumbrosa, resulta sencillo adivinar quiénes son sus lectores, en gran medida similares a los de Humboldt y Ward: los europeos que ya se andan saboreando una invasión armada o económica a tan apetecible país. ¿Fueron algunos de ellos espías, aun sin saberlo? En aquel siglo se confecciona una de las más disfrutables crónicas mexicanas, nuevamente a cargo de una mujer extranjera: la marquesa de Calderón de la Barca, escocesa. En 1840 reporta sus trayectos por México y el trato con ciertos personajes. El libro se intitula *La vida en México* y se goza por lo rico de sus descripciones.

¡Qué variados los cronistas que hasta ahora hemos repasado! Desde un soldado que pelea en la Conquista hasta una cortesana, pasando por un canónigo que redacta en latín. Y en el camino nos hemos olvidado de mencionar a Altamirano,



de Campo, Icazbalceta, Orozco y Berra, Prieto y demás escritores. Que el siglo antepasado haya sido abundante en cronistas es comprensible en una sociedad que apenas comenzaba a estudiarse a sí misma, preocupándose por sus vínculos con el exterior. Mientras que Guillermo Prieto se ocupó en los cuadros de costumbres, a la manera del ineludible *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854), Altamirano nos ofrece una crónica que a momentos parece de sociales, aunque siempre con agudeza y buen tono. Contemporáneos suyos son García Cubas y Marroqui, indispensables ambos para abordar nuestro tema. Algunos de los aquí mencionados, o tal vez todos, aparecen representados en un mural de Rafael Guízar, en el restaurante El Cardenal, en la Plaza Manuel Tolsá.

La centuria pasada es igualmente floreciente en cronistas, digamos el bibliófilo Luis González Obregón o el redicho Artemio de Valle Arizpe, quienes se abisman principalmente en los sucesos novohispanos, como añorando un México viejo que empieza a esfumarse: el de los pregones, las leyendas de nobles y fantasmas, la comida monjil... ¡La nostalgia! Y no podemos pensar en el XX sin fijarnos en la Revolución Mexicana, acontecimiento definitorio. Con ella el paradigma social de la patria cambia irremediabilmente y la velocidad se impone como descarada protagonista: el ferrocarril, la fotografía, el cine, la reforma agraria, las migraciones regionales y mundiales, la explosión demográfica, el Metro, la arquitectura moderna, la industrialización... Todo esto deprisa y en apariencia para todos. Con estos antecedentes no es tan extraño que la crónica de la Ciudad de México se haya volcado hacia lo popular. El caso más recordado es tal vez el de Carlos

Monsiváis, notario de la cultura de masas y los desastres del 68 y el 85, destacados hitos de la capital. Del barroco *Monsi* se acostumbra recomendar *Días de guardar* (1970) y *Los rituales del caos* (1995), además de un sinnúmero de libros y artículos. A nosotros nos gusta el ingenioso *Nuevo catecismo para indios remisos* (1982), dedicado a Toledo y Pitol. Por su parte, Elena Poniatowska, avezada escucha, logra una crónica singular a partir de la entrevista y el periodismo narrativo. El objetivo, darle voz a los que no suelen tenerla. Ahí está la novela *Hasta no verte Jesús mío* (1969), en la que se nos presenta la supuesta, o interpretada, autobiografía de una mujer socialmente amolada y llena de historias. Gran labor de *otorrinolaringología*, como la que hace con Alberto Beltrán en *Todo empezó el domingo* (1963). Tampoco podemos dejar de nombrar a Fernando Benítez, José Luis Martínez y Guillermo Tovar, ni a Salvador Novo, que lo mismo se inclina hacia el teatro que a los restaurantes de moda, el universo prehispánico, la poesía o los periodos presidenciales. Prevalece su imagen de hombre culto, refinado y próximo al poder como prototipo de cronista *oficial*, figura que hoy nos resulta más y más trasnochada. Conviene leer su animosa *Nueva grandeza mexicana* de 1946.

La del siglo pasado es una crónica diversa, divertida, divergente, según queda demostrado en la antología *México DF: lecturas para paseantes* (2005) de Rubén Gallo. Y para todo tipo de lectores: habrá quien se acuerde más de *La región más transparente* (1958) que de *Picardía mexicana* (1960), y al revés. Semejante en ese sentido a la actual, con figuras variopintas como Ángeles González Gamio y Héctor de Mauleón cuyos alcances mediáticos distan un tramo de los incansables Édgar

Anaya, María Bustamante, Alfonso Hernández y otros miembros de la Asociación de Cronistas de la Ciudad de México, por ejemplo el señor Jiménez Cedillo y sus hijas en el Peñón de los Baños o Ricardo Flores en el pueblo de Mixquic. Hoy, el cronista, agremiado o no, tiene la oportunidad de dedicarse a varias tareas: investigar y producir conocimiento, ejercer la narración oral mediante recorridos o conferencias, aportar en internet (mucho que agregar o pulir en Wikipedia, bastante por difundir en YouTube) u optar por la literatura como hábilmente han hecho varios. ¡O por películas y canciones! Siempre con el común denominador de dejar testimonio. Un pie en el ayer, otro en el ahora. Sendas manos en el rigor y la audacia. Esta diversificación de la crónica actual es un síntoma de salud, y como *otorrinos* encanta poder auscultar a tal cantidad de pacientes.

La crónica trascendente del XXI es, a nuestro juicio, la de los barrios, colonias y pueblos, incluso la de viajes. La que satisface huecos y pone en duda lo dicho mil veces. La que no se estaciona en el género periodístico ni se conforma con ser el animal raro de la prosa. La emprendida de manera independiente, por medio de un *podcast* o un *blog*, en redes sociales y sobre-mesas, con conocidos y extraños (se necesita humildad para un oficio así, gusto por las personas). La que se forja informando públicamente de algún suceso relevante para su comunidad, atestiguado o/e investigado; cuanto mayor su riqueza descriptiva, mejor. ¿Para qué sirve, en suma, un cronista de ciudad o comunitario? La respuesta está en la propia pregunta. Sirve. A quienes buscan incentivar las querencias identitarias o levantar el autoestima colectivo. A los que todavía no nacen y desearán saber más sobre su pasado, ese presente continuo... El cronista,

auténtico viajero en el tiempo, dialoga con naturalidad con el futuro, no únicamente pormenorizándole un lugar, un tiempo, sino transmitiendo con pericia el carácter social de un *hic et nunc* particular. Esto a la vez que defiende y da a conocer el patrimonio, ido y vigente, que nos define y protege. Para eso hay que estudiar y compartir. El cronista es a fin de cuentas un comunicador, un intérprete o cicerone que trabaja con historias que ojalá algún día le sirvan a la historia o, de menos, la entretengan. Su herramienta, la sensibilidad, esa *nariz*... La recompensa, que alguien decida escuchar: ¡muchas gracias!

## DE LA EDAD DE LA CONSTITUCIÓN

**L**a maestra Lucía González nació el 13 de diciembre de 1917 en el puerto de Veracruz. La conozco aquí en el otoño de 2016, en el Gran Café de la Parroquia, adonde asiste diariamente de nueve a cinco. Desayuna frutas con crema y granola y una gorda de frijol o pan con mantequilla, y café (no lechero) que bebe con popote, igual que las Coca-Colas rojas. Viste con bolso y mascada, muy maquillada siempre. Por lo general ocupando la misma mesa. Varios se acercan a saludarla. Muy difícil resistirse a la tentación de hacer lo mismo. Me presento, que si puedo hacerle unas preguntas. “Solo si no son indiscretas”.

*¿De qué parte de Veracruz es usted?*

Crecí en Constitución, entre 5 de Mayo e Independencia. No creo que aún exista la casa. De ocho hermanos solo quedé yo, siendo la tercera: es algo insólito.

*¿Cómo explica su longevidad?*

Precisamente no me la explico. A veces me pregunto cuál será mi fin, por qué quedé yo.

*¿A qué se dedicaban sus papás?*

Mi papá tenía una imprenta en Zaragoza.

*¿Le habrá tocado la ocupación estadounidense de 1914!*

Claro que sí. La ciudad estaba medio revuelta, más o menos como ahora. Ya no hay revolución, pero dondequiera hay asaltos. Antes se llevaban lo que se encontraban, ahora van sobre lo seguro. ¿Por qué? Porque ha llegado el momento en que nada se oculta, todo se cuenta y hasta sale en los periódicos. Se apoya mucho la ostentación, antes uno pasaba desapercibido, las cosas se han confundido.

*¿Veracruz le gusta?, ¿le parece bonita?*

Bueno, ciertos rumbos, ciertos ambientes, porque hay rumbos que yo no apoyo. La casa de usted está en Altamirano. Independencia se ha vuelto incómoda para todo, para estacionarse, para andar a pie, las banquetas están muy destruidas y desiguales, las calles las pavimentan como quieren, como pueden. En eso ha caído Veracruz.

*¿Y en qué ha mejorado?*

Pues qué le digo... Como que ahora hay para todos. Todo el mundo encuentra, pero hay mucha gente que no encuentra nada. Ha habido una desigualdad. Antes la gente se valoraba por sí misma, pero ahora hay que andar recurriendo a ver quién le da la mano. Dependemos de la política.

*¿Qué es lo más bonito de los veracruzanos?*

Ojalá no fueran tan metiches porque están en todo: por qué esto, por qué lo otro. Todo se quiere saber. Hay unos que no, son educados. Ojalá que ya no hubiera desigualdad. Unos tienen demasiado y otros no tienen nada, pero los que no tienen nada, ¿qué hicieron?, ¿esperar a que les caiga del cielo?

*¿A qué dedica sus días?*

Vengo aquí, solo que tenga algún pendiente, pero que no sea de política. Aquí viene mucho la mamá del gobernador, por ejemplo, yo la conozco, pero hasta ahí.

*¿Hace cuánto que viene usted a La Parroquia?*

Desde que trabajaba. Estuve 36 años de maestra en la escuela Escuela Secundaria Azueta, cerca del deportivo donde juegan fútbol. Me jubilé en el 2002.

*¿Se encuentra aquí a antiguos alumnos?*

Pues no los reconozco ya... Yo no he cambiado, pero ellos sí: engordan y les cambia mucho su fisonomía.

*¿Tiene usted amigos en La Parroquia?*

No, pues conocidos... Saliendo del café me voy para mi casa. Aquí he visto a candidatos, artistas de cine...

*¿Y a poco sí viene diario?, ¿y si se enferma?*

Es que nunca me enfermo. El doctor ya me llevó a la Facultad de Medicina porque tengo muy buena presión. Yo me siento bien. Nunca me da catarro ni calentura. No tengo nada y duermo bien. Hoy vi el arco iris a las siete de la mañana desde el balcón: precioso.

*¿Es posible acostumbrarse a este calor?*

El calor de Veracruz es una cosa temible. Yo no ando mucho en la calle, voy a lo que voy. Cuando era chamaca sí conocía bien la ciudad. Antes había mucha vegetación y animales voladores, ¡cantidad!

*¿Le gusta bailar?*

Bastante. Me gusta mucho el baile, inclusive aquí bailo. Cuando tocan una pieza bonita, empiezan todos: “Baile, baile”, y me paro y bailo.

*¿Y leer?*

No soy novelera, antes me gustaba leer historia, leí toda la historia de Francia, leí de historia universal, leí la de Italia, sobre los romanos... Compro *El Dictamen* y *Notiver*, los dos periódicos, y en la noche me da la una leyéndolos.

*¿Le interesa la historia de México?*

Sí, nada más que los nombres son un lío, ¡los nombres!

*Veracruz tiene mucha historia...*

Algo. Mucha mucha no.

*¿Cuál ha sido su mayor satisfacción?*

Más que nada me tocó un marido espléndido, en todos los sentidos: moralmente, físicamente y lo que se llama materialmente, que es la economía. Él siempre estuvo pendiente de mí. Siempre me dijo: el dinero es para bien vivir y bien morir, y así es.

*¿Ha viajado mucho?*

No.

*¿Es usted feliz?*

No vivo amargada ni triste, a pesar de que me quedé sola.

## VENTURAS Y AVENTURAS DE MUDARSE AL CENTRO

Todos cabemos en el ombligo de la luna. Los mexicas, luego de pedir posada por partes más convenientes del valle. Un ejército de españoles y tlaxcaltecas, ya con las manos en la espalda, ora bien puestas en la espada. Virreyes y africanos, monjas y zapatistas, oaxaqueños y libaneses. Puro valiente como María Félix, que arriba desde Sonora y es *descubierta* en una esquina de Palma. O la pareja de emperadores europeos, ella en un sillón, él encima de una mesa de billar durante su primera noche en Palacio, ruidoso y lleno de chinches, en breve habrán de mudarse al de Chapultepec. Cualquiera entra. Trigarantes, invasores; acarreados, manifestantes. Y esos que abordan el Metrobús en el aeropuerto para bajarse, maleta en mano, en La Dominica, duchos viajeros ellos. Solo el águila y el nopal parecen originarios de aquí, se le ocurre a Mariano, y capaz que ni ellos. También Mariano llega al Centro, en su caso a trabajar, como tantos otros.

Pero una cosa bien distinta es pernoctar aquí cotidianamente, traerse las pertenencias de uno, que nunca lo son del todo. Antes dar con un departamento ni cómicamente caro ni en estado ruinoso o que no le convenga mejor al propietario utilizar como bodega o Airbnb, esto último cada día más frecuente.

Poderse se puede. Y habituarse, en fin, a convivir a diario con todo tipo de visitantes en una especie de mural binaural, plural: familias en *pants* buscando vestidos de novia, privatizadores del espacio público que son votantes, turistas con la última de James Bond entre ceja y ceja, la sonriente mujer que vende chicles y mazapanes afuera del Hotel Principal, los vampiros del UTA y el Wawis, meseros y parroquianos, estudiantes y estudiosos, foráneos de otros estados, representantes del Estado, *micas, armazones, lentes en una hora...* Millones de personas que suspiran, lloran y ríen, en ocasiones demasiado alto.

Sin embargo, cada tarde, al ponerse el sol, desenrollarse las cortinas metálicas, encenderse la iluminación artística, una vez que el flujo peatonal de Madero ha volteado su semblante hacia el poniente, una gran multitud acaba por irse dejando en relativo silencio a quienes vivimos aquí, unos cuarenta mil según escucho en una junta de vecinos, y lo de *relativo* tiene que ver sobre todo con ciertos antros fragorosos, insigne inconformidad en (re)dichas reuniones. Lo cierto es que a cada voz un problemón diferente; diversidad hasta en las quejas, a saber: los lixivados (se aprenden palabras), el *frutimóvil* (se inventan otras), las marchas, los organilleros y otros ejecutantes con amplificación, aun la gente en situación de calle... La solución a estos temas no es otra que la tolerancia, acompañada, y esta es la clave, de un disciplinado ejercicio de la denuncia, pero solo si ha lugar. Poderse se puede.

Y dedicarse al disfrute. Que quienes escogemos vivir aquí no lo hacemos por sufrir. ¿Para qué se muda alguien al Centro en primera instancia? Depende de a quién le preguntemos. Yo ya he olvidado mis motivos, o me apena confesarlos, tendría

que entrar en detalles que ahora no vienen a cuento, o son puro cuento, o acaso evidentes: se pretende dedicarse a la crónica de ciudad. De lo que sí me acuerdo es de mi primera noche en el aún reluciente Corredor Cultural Regina, sin poder dormir de la emoción, aunque también a causa de la pesada mudanza, obligatoriamente nocturna. Entonces pensaba (no había teléfonos inteligentes) en el aluvión de aventuras que se sucederían a partir del matutino repique de campanas de la iglesia barroca. Y así ha sido, hasta la fecha. Lo más inmediato, hacer amistad con otros vecinos inmigrados, la afición a ciertos comercios del rumbo (La Bota, La Joya, ¡el Nader!), asistir a novedosas fiestas y organizarlas. Despertar de la siesta disfrutando a la Orquesta de los Elegantes frente al balcón. Ir descubriendo a poco el muestrario de ciudades que cohabitan en este islote nuestro, urbanísimo conglomerado de barrios e historias, inspiración y charlas. Se añora aquel Centro, o en realidad la juventud. Hasta los cazahuates lucían más felices en 2008. Pero *sic transit Gloria Trevi*, y así hube de cambiarme a la Casa Borda, de desbordante balcón, y más tarde a Cuba, con miras a ser arreglada próximamente (bastaría con que le dieran mantenimiento). Huyendo cada vez de decibelios (*me miraba en el espejo y no me hallaba*), sofisticando la búsqueda de experiencias. Cambiando de señor del garrafón, lo cual no deja de ser triste.

¿Y el súper?, ¿y el tráfico?, principales preguntas de conocidos míos en las otras colonias de la delegación, mejor dicho en las colonias, sin el *otras*: fuera del Centro todo Cuauhtémoc es ensanche o anexo. Y los temblores y la inseguridad y las manifestaciones. Pero vámonos con calma. El abasto no tiene

que ser un problema, contrario a lo que muchos creen, contando con vigorosos mercados y tiendas de abarrotes al alcance de la mano, además del tristón Sumesa de Allende y el oloroso Chedraui del Metro Salto del Agua, oloroso por las pollerías de las proximidades, en donde, eso sí, venden el pollo más fresco. Sin contar que desde hace unos años es posible hacer el súper a domicilio, en el caso de querer arena cara para los gatos u otras zonceras. Es sabido que de todo se consigue en el Centro, y hasta *matzá* con chocolate si se le busca pertinazmente (en la tienda de productos judíos de Bolívar 96). Segundo: el de la voz no maneja, y menos en estas calles lo haría, si caminar y usar el transporte público (y Uber, que no se haga) bastan y sobran. Se entiende, sin embargo, que no es el caso de todos.

Ahora bien, los sismos. Más preocupado estaría yo de residir en las fangosas inmediaciones del Centro, el cual es tierra firme en el lago. Comoquiera que los movimientos telúricos son un riesgo para el grueso de los capitalinos, la prevención es esencial en cualquier sitio. Tampoco lo considero peligroso, lo de vivir acá, con todo y que ya en una ocasión me asaltaron, en los Portales de Santo Domingo, extrañamente desatendidos por la policía de noche: un muchacho que a los pocos meses se presenta a votar en la casilla en la que funjo como funcionario: reconocernos, zozobra, perdón, todo sin palabras y en cuestión de segundos. Por supuesto que en su momento levanto un acta en el Ministerio, el golpazo aún palpitante en la cara, y como sea estos episodios no representan la regla, no en mi caso. Bastante seguro se siente uno con el Palacio Nacional, el Banco de México y la Suprema Corte de Justicia tan cerca. ¿O tendría que ser al contrario? Lo que sí

es que rara vez se va la luz o falta el agua, y casi todas las calles permanecen bien iluminadas de noche, a diferencia de, pongamos, la colonia Roma. Ventajas de mudarse al corazón de la ciudad. La ciudad de México en la Ciudad de México. Tablero de la política nacional en el que, cómo no, a cada rato se deja sentir el zureo de las manifestaciones. ¿Qué le vamos a hacer? Unirnos a alguna si nos identificamos con alguna. Cancelar nuestras citas indeseadas usando la mejor excusa. Documentar, naturalmente.

Vivir en el Centro implica incomodidades que abarcan de lo banal a lo alarmante. Se citan ejemplos de botepronto, no necesariamente en orden de importancia: la insuficiencia de árboles, salvo en la Alameda, obvio, y plazas como Santa Catarina; los poquitos restaurantes abiertos para cenar ya tarde, sobre todo los domingos; el hecho de que con tanto Metrobús y peatonalización la mayoría de los sentidos de las calles se dirijan hacia el norte o el oriente; la escasez de cines (los hay, de cartelera exigua); esos que tienden a vapulear a los recién llegados, divinas garzas envueltas en huevo que se sienten más *dueñas* del Centro, pese a que aquí cabemos todos y cualquiera entra, africanos y trigarantes, monjas e invasores... Y, desde luego, comerciantes informales, tema en lo absoluto baladí y que pone a pensar en la mayor problemática que aqueja al Centro de hogaño, a mi parecer: el apañamiento de los espacios públicos, usualmente sobajados a electoral moneda de cambio o provechoso escenario partidista. Lo dice un exfuncionario de casilla que supo observar, alguien que sueña con plazas ausentes de lonas y bocinas, y en las que quepan las personas antes que los tumultos.